

## ***Diario de la hamaca paraguaya, de Lila Zemborain:***

### **Un entretejido**

#### **SER DAFNE- LA HIEDRA - EL LAUREL**

*Diario de la hamaca paraguaya* es un libro red, el tejido de una malla de palabras que van avanzando como la hiedra, adhiriéndose a diferentes territorios, a tiempos y a espacios espesos, densos... articulándose en una arqueología de sentidos viscerales en un ímpetu ante todo morfológico, que va tejiendo la red, la hamaca, en la que comienza esta crónica ecológica por las raíces del propio pensamiento, consustancial e inextricable de las atmósferas que el yo narrativo aquí recorre. Ésta es pues la crónica de un desplazamiento físico y mental, el movimiento de un cuerpo en el espacio y los registros de una kinesis que le otorga el habla al cuerpo, a un saber de sensaciones, en ocasiones, inmemorial.

Pero el libro también es un ensayo sobre la figura mitológica ovidiana de Dafne. Da comienzo con un epígrafe en el cual ésta, somnolienta, va siendo poco a poco poseída por la naturaleza, sus muslos abrazados por la corteza de un árbol, sus brazos por las ramas, la cabeza por las hojas, hasta convertirse en laurel, es decir, deseleír sus bordes, sus límites humanos con la naturaleza. Recordando aquella idea de Foucault según la cual la “naturaleza” *per se*, no existe, sino procesos de naturalización o desnaturalización, podríamos decir que este diario comienza con el anuncio de un proceso de naturalización del cuerpo -nada benigno en ocasiones- y con un acto de fusión y confusión del cuerpo y del pensamiento con la otredad, que en un principio cobra la forma de la vegetación que puebla un jardín convertido en un terra incógnita e indómita. Esta escritura se nos presenta pues como un acto de entrega, desde la hamaca *a las ráfagas del mediodía, al abstracto movimiento de las sombras sobre el papel, los pinos, una hamaca, más bien una red de pescadores*. No se pretende escribir sobre el mito: *Cerca ya de la hamaca, nada me lleva hasta Eneas o al encierro de las voces o al tambor*, sino, encarnarlo, practicar aquello de lo que escribe:

*Ser árbol, ser Dafne en la hamaca paraguaya, ser enredadera venenosa que penetra tu cuerpo y te agita y te arde y subleva tu extensión que se acerca a tocar la tierra, meter*

*las manos, entregarse sin miedo a la turbulencia de la vida que se esconde a los ojos, pero no a las yemas de los dedos, las palmas, las rayas de las manos, el destino en cada grieta llena de tierra arenosa por naturaleza, negra por dominación. ¿Por qué luchar, por qué querer vencer, por qué no dejar que bulla, que se asome, se entrometa, se alinee? ¿Quién lo indica, quién lo anima, quién le asegura su esplendor? ¿Por qué ganarle a la espesura una estrechez, una convivencia, y un olvido? ¿Cuál es el placer de este dominio en lo que brota y brota, y nunca deja de brotar, hasta que crece y se exalta y y se corona de flores y de gestos y de aromas?*

### **IRSE POR LAS RAMAS**

Un ensayo, un estilo, que se va literal y figurativamente por las ramas en un deseo pronunciado de evadir la escritura académica, el lenguaje de la lógica, la linealidad del pensamiento, y atender a las ramificaciones sinópticas (deleuzianas) del lenguaje: *¿Y no es el tronco a su vez las ramas, no es la majestuosidad de las ramas el tronco? ¿Y qué es un tronco pelado sino un árbol muerto en medio del bosque? Entonces, ¿Cómo hablar del tronco sin las ramas?.* Atendiendo al *circuito del propio pensamiento*, dirime. Acortando las distancias entre el mundo y la mente. No diciendo “*Ovidio nos ofrece ciertas claves*”, expresión que abomina el intento de continuar escribiendo en ese estilo, sino dejándose arrebatado por otro centro de enunciación, el del cuerpo. No pensar: *Escribo para no pensar. No pensar: Camino para no pensar.* Dejando que sin ímpetu de dominio, civilización o instrumentalización, la otredad se inscriba, la vegetación diga, incluso gane la pugna por el territorio del jardín. Como aquellas hojas que hacen sombra en el cuaderno de la narradora- hiedra, así transcurre esta escritura de desmaterialización del yo: atendiendo a cierto impulso eólico, a emanaciones, a las vibraciones de un universo material: *beber el aire que entra en los pulmones, el aire que transcurre por la biosfera.* Porque la abstracción no tiene por qué ser teórica:

*Entonces cuando ayer puse “Ovidio nos ofrece algunas claves” más todo lo que ayer borré, surgió algo nuevo, distinto para mí que conozco los dos idiomas, el académico y el otro, y al académico lo puedo imitar, aunque me aburre estar dando tantas explicaciones. Pero entonces mantener la libertad de acción y no sentir la presión de decir de otro modo. Y si la gente piensa que me fui por las ramas que apechuguen y traten de entender el circuito de mi pensamiento. Así tiene que ser, es la única manera*

*en que podré pasarla bien con lo que escribo ya que estaré mostrando mi forma de interpretar. Deseo resolver una pulsión y esa pulsión se llama Dafne, y tal vez mi propia transformación, al concebir la naturaleza desde una percepción fluida y no aterrorizada.*

## **LA NO-NATURALEZA**

Ovidio no nos ofrece claves, pero sí la narradora: *concebir a la naturaleza desde una percepción fluida y no aterrorizada*. ¿Pero a qué se refiere con “no aterrorizada” si el diario está plagado de miedos, temores, angustias? Puede que esta nueva percepción consista en el abandono de la idea clásica, estereotipada, benigna, de naturaleza. O en el abandono de la idea de naturaleza, sin más. A sabiendas de que ésta no quiere, no busca ser admirada, convertida en fetiche, elogiada por cualquier idea clásica de belleza. *¿Qué es esta idea de belleza, por qué el horizonte es bello, el azul es bello, el mar liso a pesar de las olas, bello, cuando contiene un sentido de lo sagrado que no entiendo?* No, en este viaje a las raíces de las cosas, del pensamiento, todo permanece en estado de latencia, de gestación, microbiano, celular, en una ecología oscura y profunda, abisal. Éste es el nicho ecológico y estético en donde situar este diario, en una maraña rebosante de peligros y repulsiones.

Recordemos que la hamaca es, según leemos, el lugar perfecto para leer a Clarice Lispector, quien *se lo lleva todo al extremo incomprendible de las cosas, a ese estado de locura, de total extrañamiento, como si no hubiera realidad fija y se entrara en una sustancia maligna del yo, la vida como una red en la que se escapan las claras rotas de los huevos*. Este diario es dicha red, un filtro psíquico de viscosidades, siendo el miedo, la congoja, ese líquido negro que todo lo penetra y que conforma la porosa membrana psíquica que rodea al texto. (Más tarde descubriremos que este diario fue escrito en los meses que siguieron al atentado de 9 de septiembre, vivido por Lila Zemborain en Nueva York, su lugar de residencia. Y de ahí que luego releamos “Marte”, la sección del libro que lleva el nombre del planeta de la guerra, con nuevos ojos: *Entonces vuelvo a acordarme del planeta Marte y me gustaría verlo hoy, porque marca su mayor proximidad a la Tierra, y comienza mañana mismo a alejarse en su recorrido de dos mil años, dos mil años que también marcan el inicio de la decadencia del fanatismo y el dominio inescrutable de lo material y de lo natural*. Momento pues, el de la escritura de este

texto, que Peter Sloterdijk denominaría como uno de implosión de esferas, de ampliación y de contacto de los campos psíquico, de apertura de interioridades, de contacto. En la raíz: el miedo. Un miedo que aflora por los diferentes territorios que aquí se recorren, como éste que sigue, el acuático, en donde la idea de lo maligno en la naturaleza sale a flote en el encuentro con las aguas vivas:

*Y el grito sale de la boca y las brazadas son huida, pero el contacto ha sido extenso, espalda, glúteos, muslos, todo en una sola caricia de hielo y escozor, mientras late y late el corazón ante la expansión de la caricia, que otras veces ha sido medida, pero ahora llega nadando hacia la orilla y le tiemblan las piernas y los brazos, y se frota con la arena el veneno que aquella agua viva le ha dejado estampado en la piel por diez minutos, caricia intempestiva. . . la naturaleza es mala, dice, mala, evanescente, circumspecta, fría, inmutable, temblorosa, implacable y enemiga. ¿Por qué es entonces bello el horizonte, por qué entonces es bello el mar, o el viento que ahora empalidece un poco los pies? Bello es lo implacable, bello es lo perverso, tu territorio y el mío apenas en contacto, el instante de armonía disipando su belleza en el maligno instante que se viene.*

## **INFILTRACIONES, EMANACIONES**

Ésta es la crónica de un cuerpo en perenne contacto con la otredad, ya cobre ésta forma de seres, territorios geográficos o medios (el agua y sus hostilidades, la atmósfera y la asfixia), los seres sensibles que habitan dichos medios, el pueblo de los valles Calchaquíes, Pucará de Tilcara, ciervos, insectos, plantas.... Pero no hablo de interconexiones, meros contactos superficiales o reconocimientos, una adoración de otro, *de los animales a distancia*, habiendo *demasiadas barreras a su libre deambular*. No, Zemborain habla de intra-conexiones, de una penetración porosa de materias, de un continuo ecológico y psíquico, de una correspondencia de esferas. Así en el encuentro con la medusa o aquel otro con una vaca que arroja a la narradora a un agujero (*Vaca blanca. Agujero negro. Yo ¿con o sin cuerpo?*) y que en la siguiente sección se resolverá en una indigestión de asado. Más que contactos, infiltraciones de la materia en la propia materia cárnica, un perpetuo devenir de nuestra sustancia física. Así, en esta sucesión de infiltraciones físicas y psíquicas con la otredad reside una de las claves de este diario en donde ya nos anunciaba la huida del conocimiento intelectual en pos de un

*razonamiento digital, sensorial, kinestésico: no es enciclopédico el saber que necesito. Es una suerte de contacto metabólico con los genes vegetales que nos unen. El diario y sus avances es quizás, bajo la metáfora del tejido, la extensión de esta red, de esta membrana que permite el contacto, el traspaso de informaciones pre-verbales a nivel de emanaciones y pulsiones. Como en el siguiente pasaje en donde tiene lugar la correspondencia, casi hipnótica, con un cactus:*

*Él me llama y yo respondo ¿es acaso que algo me revela?, ¿qué sentidos enrollados allí se desenvuelven, qué comprensiones inauditas generan las espinas, su cuerpo ahuecado en líquidos vitales, pequeñas manifestaciones de lo que aguza el intelecto? No hay temor a las espinas, no hay rechazo instantáneo del insecto que perfora con su aguijón ardiente la piel. Es por el contrario una particularidad sedosa, grave ondulación soñada entre el cactus y yo, instantánea comprensión de nuestros seres, reconocimiento cabal del enigma, aunque enigma no hay en esta latitud de nuestro encuentro. Lugar preciso del cuerpo en coordenada con la especie, que la misma especie borra cuando mi hijo decide que esa imagen debe ser aniquilada. Así, sólo en la memoria y en el cuerpo, en esa dimensión determinada de altura, oxígeno y distancia ha quedado registrado en el éter planetario este sobreentendido singular de emanaciones.*

## **EL OJO DADO LA VUELTA**

A estas alturas no es difícil adivinar que el pensamiento razonado no es la vara de zahorí que dirige este diario. Ésta es más bien una poética de órganos, de vísceras, de pulsiones, que desplaza la prerrogativa del ojo (y vieja la correspondencia entre visibilidad y verdad) por un saber del cuerpo. Así, el erotismo y la sensualidad de las imágenes, la visión de las flores, de la vegetación hiperbólica del jardín de la casa, viene a ser reemplazado, mayormente, por alusiones al tacto y al sonido. Así como dice *el mar no es un elemento congelado en una imagen*, la naturaleza en este diario no aparece congelada en imagen alguna, sino codificada en vibraciones, tactos, ritmos sintonizando con los ritmos internos del propio cuerpo, que lejos de proyectar una imagen unificada del yo, ha desarrollado cierta consciencia orgánica: el saber de los pulmones, de los intestinos... En otras palabras, el ojo se ha dado la vuelta hacia el interior del cuerpo, o los ojos, más que

ver, sienten. Así ocurre en la sección “Motilidad”, donde tras una cortina de lluvia, nuestra atención se dirige a los humores internos del ojo:

*Aquí estoy buscando razones y no son excusas para sentir una ramificación que cambia de rumbo la motilidad de las neuronas, o la microscópica visión de los humores, gotas que se despeñan de algún lado o del otro en los ojos, mientras llueve afuera, pero más que gotas son burbujas de alguna sustancia más sólida que el agua que flotan ante los ojos, y mayor es el influjo o el llamado o el requerimiento del miedo que se arremete entre el ojo y el cielo, vástagos inocuos que pululan en la indeterminación de lo indomable.*

## **RESONANCIAS**

Aquí hay además un énfasis en la fase vibracional y articuladora del lenguaje, el lenguaje antes del sentido. Así, la sección denominada “Vocales” realiza esta labor arqueológica sobre los mecanismos inconscientes de la lengua y arroja una teoría lingüística al escuchar una canción de los Beatles...*que ahora se me escapa en donde es tal la unión entre la palabra y melodía que parecieran una misma cosa, como si las palabras en sí ya fueran canción, fusionadas a partir de las vocales, porque las consonantes detentan más bien un ritmo en el lenguaje, un cambio de estructura, una aleación incipiente, que tiene que ver con la lengua, los dientes, el paladar, mientras que la modulación viene de las vocales, de las cuerdas vocales y de allí el nombre, ahí vengo a comprender, moduladas desde la garganta, donde el aire transcurre y se desplaza de acuerdo simplemente a una apertura mayor o menor de la boca, más redonda, más cuadrada, más atolondrada, o en registros tubulares, el túnel de la u que ulula desde el fondo de los tiempos, o la sonoridad perfecta del om retumbando entre las células . . . Toda vocal es una exhalación, por lo tanto, la liberación de una resonancia.*

*Diario de la hamaca paraguaya* también es la liberación de una resonancia, una de cariz biopolítico, en donde se reformula una de las preocupaciones poéticas de Lila Zemborain: el “ser” (a la autora, el “yo”, literalmente, le molesta) y sus bordes. Todo ello, en una poética del espacio que se negocia en vibraciones y oscilaciones provocadas por una sucesión de atmósferas y otredades con las que se entra en contacto.

## MIRADA GESTÁLTICA

Una mirada ésta gestáltica, en donde la morfología se revela como el engranaje final de las percepciones corporales y de los contenidos mentales que van cobrando forma según avanzamos en la lectura de este diario-red. Hay un momento, en la sección “Costra”, en el que la narradora y su grupo de viaje camina sobre una salina. Este pasaje nos ofrece una imagen (o quizás una anti-imagen) que se corresponde con esta poética del entretejimiento del texto. En un espacio blanco y sin vida, inmemorial, hay un cuerpo en busca de sus bordes:

*Pero allí nos alejamos y el grupo se dispersa en este rompecabezas de blancura, y Lorenzo se sienta en un montículo, y Ceci y Astutti deambulan cerca de la barranca que soporta el camino rectilíneo que atraviesa la salina sin pisar me imagino, la levedad de los bordes. Yo en cambio, camino y camino entre las celdas, buscando el hexágono que aloje mi cuerpo en esa forma de perfecta geometría. Y en este esplendor evanescente me acuesto, célula salinas irregular, yo adentro de esta membrana, una vibración extensa de cielo y de blancura, y yo, nosotros, entremedio, más cerca del cielo que otras veces, el aire respirado penosamente, por la espalda y por las piernas este leve picor de sal y arena inexistente, y el cuerpo allí descansa, como apoyado sobre un mar de sal, absorbiendo una aventura insuperable, una suerte de terror arrebatado, una dosis de espanto y sacrificio en esta oquedad salina, en esta proporción ajena, sin plantas, ni animales, como carne sazónada en lluvias leves, sal ardiente y viento que comienza a levantarse en lo que pronto no será más que una alucinación resquebrajada.*

Así se resuelve el ensayo vivido/ejecutado/actuado (y no intelectualizado) sobre la pulsión llamada Dafne: En la “naturalización” del cuerpo; en su conversión en sal o en “carne sazónada”; en una evaporación del agua (del cuerpo) en pos de una sal garante de la supervivencia de la especie.

**Marta del Pozo**

Nueva York,

16 de Mayo, 2014